

I, 59 Madrid, comienzos de abril de 1612.

No sé qué anda tras mí estos días como sombra, si este nombre se puede dar a mis disgustos, que de ellos nace hacer sentimiento el cuerpo y está puesto en razón de trabajos de espíritu. Mas a todos, aunque yo resisto con poca fortaleza, es consuelo vuestra excelencia, señor, que enseña en los suyos a tenerla, con la diferencia que hacen en su generoso sujeto y el flaco mío, que por infinita distancia no admite proporción. Cuando veo que sabe tolerarlos y gobernarse con tal prudencia en ellos, admiro su milagroso entendimiento y envidio su sangre, si de ella también se hereda esta razón de estado en los agravios. Tristezas son estas mías, que otras veces me han tenido al cabo de la vida y de la paciencia, pero no con la fuerza que ahora. Creo que si me preguntase a mí mismo qué mal tengo, no sabría responderme, por mucho tiempo que lo pensase. Favores y mercedes de vuestra excelencia me animan y consuelan, y si en estas desconfianzas mías algún resplandor de deseo de vivir puede entrar en mi pecho, es con sólo considerar las obligaciones en que me ha puesto de servirle y que no perder de vista a vuestra excelencia es mejor partido, aunque sea con estos disgustos, que el fin de los trabajos con descanso. De las bodas de este lugar no sé nada, como de cosas alegres

I, 59 Madrid, comienzos de abril de 1612.

Sólo me cuentan de las academias, donde acuden todos los Señores y muchos de los poetas. Un mes puede haber que fui a ver esto, como yo creo escribí a vuestra excelencia; después acá me refieren crece aquel ejercicio, si bien más de los que oyen que de los que hablan y escriben. Esta última se mordieron poéticamente un licenciado Soto, granadino, y el famoso Luis Vélez; llegó la historia hasta rodela y aguardar a la puerta; hubo príncipes de una parte y de otra, pero nunca Marte miró tan opuesto a las señoras musas.

I, 53 [*Madrid, marzo de 1611?*]

Y crea vuestra excelencia, señor, que deseo verle, que la Cuaresma aparta los amores de galanes y damas, mas no los de señores y criados, y así decía un experimentado que en la Cuaresma hacía la privación notables efectos. Creo que lo ha hecho en mí con vuestra excelencia, porque le deseo ver con todo extremo, porque me sucede con vuestra excelencia lo que a las almas, que nunca ven a su dueño, si no es cuando Él quiere. Y así me sucede a mí, pues nunca veo a vuestra excelencia si no es por revelación y humillación de su grandeza a mi humildad. Hablo, señor, en lenguaje del tiempo, pero no sé si es a propósito —a lo menos yo hablo a vuestra excelencia como le quiero—; perdone, que amor es atrevido, y así tengo esta libertad, confiado en que vuestra excelencia le conoce.

I, 62 [*Madrid, 9 de octubre de 1611*].

No sé si es sobra de tiempo o falta de gusto juntar vuestra excelencia estos papeles que me escribe pero, de cualquiera suerte, quisiera que fueran, ya que inorancias mías, en su original por lo menos, porque aunque tengan los nombres, no serán las mismas, pues de partos y adulterios ya no tendrán la primera forma que les di en sus principios. Liñán hizo algunas y yo las vi: del Cid eran dos, una de La cruz de Oviedo y otra que llamaban La escolástica; de Bravonel también, y de un conde de

Castilla. No sé que escribiese otras. De Lupercio hubo algunas tragedias, pienso que buenas, lo que permitió aquel siglo, en que ni los ingenios eran tantos ni los inorantes tan atrevidos.

Bajando de esta jerarquía a la ínfima, se entretuviera mucho vuestra excelencia viendo tanto representante con el luto en los estómagos, que es cosa lastimosa; todos se han venido aquí que, como es el corazón este lugar, no hay parte necesitada que no le pida favor. Cosa estraña es que pueda la falta de una vida faltar a tantos. Dichosos los mercaderes, toqueras y sastres, que a dos reinas, quedaran ricos. Vuestra excelencia, señor, se alegre mucho y crea que no hay tal vivir como desengañarse.

*I, 72 Madrid, zverano de 1614?*

le vuelvo a suplicar a vuestra excelencia, por la sangre que Dios derramó en la cruz, no me mande que en esto le ofenda ni le parezca que es pequeño pecado haber yo sido el conservador de esta amistad y causa de que mi señora la Duquesa pierda ahora a vuestra excelencia por tanto tiempo como propone ausentarse, que es rigor grande que me escriba que hago mi gusto: yo no hago sino el de Dios, y si esto es sin duda, será también el de vuestra excelencia. Esta palabra le di en mi confesión general. Lo más tiene conquistado vuestra excelencia. No me ha menester a mí, a quien yo he servido de día y de noche en todo lo que vuestra excelencia me ha mandado, sin acudir a mí mismo, por no faltar un punto a su gusto, y admírome que vuestra excelencia se tenga por mal servido de mí, pues en esta ocasión desde el primero día, contra la salud de mi alma, he ido continuando un negocio que está ya en punto que vuestra excelencia deja su casa. No quiero yo parte de eso, sino servirle en cosas lícitas, y cuando vuestra excelencia esté desapasionado conocerá que esto es justo y que mejor sabe que yo escribir un papel, sino que le persuade quien por ventura desea mi perdición. Yo no he engañado a vuestra excelencia, que ha muchos días que le dije la causa, y éstos no son escrúpulos, sino pecados para no hallar la gracia de Dios, que es lo que yo agora deseo. Vuestra excelencia lo mire, por Dios y por su Santísima Madre, como príncipe cristiano y señor tan generoso, y me perdone si en esto no le sirvo, que vuestra excelencia no aventura nada, y yo el estar en pecado, siendo causa de que se hagan muchos.

*I, 1 Toledo, 21 de marzo de 1614*

Yo, cuando en mis tiempos trataba en esta mercadería de la voluntad, me rendía tanto que, como yo no pensaba en otra cosa, así no quería que lo que yo amaba pensase, viese, hablase con otro que conmigo, y eran estos celos tan desatinada pasión en mí que llegaba a tenerlos de mí mismo: porque si me favorecían mucho, imaginaba que lo fingían, o que yo podía ser otro, o parecerme entonces a alguna cosa que le agradaba o de que en otro tiempo había tenido gusto. Todo me hacía contradicción. El marido me quitaba el sueño pensando cuándo se le antojaría de decirle «llégate a mí», que los maridos tienen llave maestra de sus mujeres y entran cuando quieren y como quieren. Y por eso decía un hombre que yo conocí que merecían ser ofendidos de otros por la comodidad con que hacían sus gustos, que un pobre galán espera, teme, desconfía, padece, y cuando llega la ocasión, todo se le va en pensar en el poco tiempo que tiene para gozarla, y lleno de miedo y desvanecido en besar desde el cabello al pie de aquel bulto que tiene en los brazos, y que no cree se le ha

pasado el tiempo, y le dicen «mirad que es tarde», cosa que ha helado a muchos valientes de amor y no malos oficiales de su gusto.

Volviendo, pues, a los celos (que a lo menos esta digresión no ha sido de buen retórico, pero ha sido de buen amante), digo que los tenía de cuanto miraba, hasta de los vestidos que se ponía, si unos colores le hacían más gusto que otros, de componerse, de tocarse, de oír misa, de reírse y del mismo espejo en que se mirase.

I, 45 [*Madrid, ¿noviembre-diciembre de 1611?*]

Vuestra excelencia se olvide, por Dios, un instante de que es hombre, y póngase un entendimiento de mujer, apasionado, celoso, y que no tiene otro bien, y luego piense qué diligencias haría para que fuese este bien suyo solo y tenerle seguro, y luego condene a mi señora en lo que fuere su gusto; que yo, con lo poco que he leído en la Escritura Sagrada, hallo que las más de las sentencias que daba Dios era poniendo a los reos de los delitos por jueces, encubriéndoles que se las daban a sí mismos. Bien sé también, señor, que importa mostrar aceros, y tal vez asperezas, por no perder el imperio; pero eso es bueno en los principios, y ahora basta por castigo esta primera carta, que con razones fáciles y domésticas (escritas así por no mostrar artificio) abrasarán el alma a quien le tocan, [...]

perdóneme vuestra excelencia el escribirle así, y de tan mala letra, que estoy metido en una gran refriega, porque viniendo de los Descalzos el lunes a las ocho de la noche, me dieron muchas cuchilladas sin que pudiese desenvolverme. No me hirieron, que los que ven mi capa lo juzgan a milagro; antes la persona que intentó lo que digo cayó en unas piedras y dejó allí mucha sangre, de donde se entiende que yo estaba inocente y él engañado. Hase alborotado el lugar, como si yo fuera cosa de consideración en él, y visitádome jueces.